

MARÍA VICTORIA UTRERA TORREMOCHA, *Poéticas de la enfermedad en la literatura moderna*, Madrid, Dykinson, 2015, 164 págs.

María Victoria Utrera Torremocha, con su reciente libro, a la par que consolida estudios precedentes sobre la relación entre medicina y literatura, llevados a cabo desde la Universidad de Sevilla junto a su maestro y especialista, el médico y catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada Esteban Torre, abre nuevas vías de investigación de la enfermedad como génesis de una nueva literatura, y lo hace desde la poética moderna así como desde unos principios estéticos que implican novedad y ruptura respecto a la tradición clásica y tienden a innovadoras propuestas respecto al genio creativo y libre del artista. Esta idea es desarrollada y evaluada, con sumo rigor científico, según presupuestos teórico-críticos y psicoanalíticos a lo largo de las páginas del libro. Condición que nos permite afirmar que estamos ante un estudio indispensable que corrobora la importancia del aludido foco interdisciplinar sevillano auspiciado y coordinado en sus inicios por una serie de simposios celebrados en la Universidad de Sevilla y luego editados por Esteban Torre bajo el título de *Medicina y literatura* (Sevilla, Padilla Libros, 2002, 2003, 2004, 2005, 2006 y 2007, respectivamente), que ilumina con luz propia y es referente nacional e internacional. Todas estas circunstancias, pues, acreditan la oportunidad y conveniencia del libro editado en el momento actual.

El libro cuenta con una muy precisa y estudiada metodología y está compuesto de ocho apartados: los dos primeros dedicados a aspectos generales relativos a las poéticas de la enfermedad en los siglos XIX y XX, y los seis restantes al análisis específico de otros tantos autores y sus obras más emblemáticas, en las que se reflejan la inestabilidad del yo y sus cauces expresivos.

En el apartado I, “La enfermedad en el humanismo médico y la poética literaria moderna”, se parte de una breve alusión a la *Epístola a los Pisones* en la que Horacio, a propósito del concepto de imitación, critica las composiciones artísticas caracterizadas por los contrastes violentos e inverosímiles, para dar paso a una nueva concepción que postula la defensa de la enfermedad y lo extravagante como una moderna estética frente a los principios de armonía y belleza clásicos. Ello lleva a María Victoria Utrera, como punto de partida, a la consideración “de la enfermedad como génesis de una nueva literatura así como a la idea de que la creatividad literaria

depende del temperamento y de la personalidad del autor”, lo cual resulta más evidente en la época moderna (p. 10). Principio que le sirve para evaluar el pensamiento filosófico y literario que, en buena parte, se desarrolla durante los siglos XIX y XX, aunque con especial atención a la excepcionalidad de ciertos creadores. Tal sería, entre otros, el caso de Friedrich Nietzsche, para quien la enfermedad juega un papel activo tanto en la creación artística como en el conocimiento y desarrollo vital del ser humano. Esto derivaría en un cambio histórico para su época con la imagen de una cultura occidental enferma, tendente a la desidia, al nihilismo y a la decadencia de la cultura, de la sociedad y del individuo. Asimismo, el pensamiento filosófico nietzscheano, en cierto modo, tendrá su prolongación en *La montaña mágica* (1924) de Thomas Mann, en la que el lento y monótono discurrir del tiempo narrativo, casi inmovilizado, acarrea la angustia y el nihilismo del protagonista Castorp. No obstante, también es significativo el tratamiento de la enfermedad por T. Mann en su posterior novela *Doctor Faustus* (1947).

En nuestra literatura, la preocupación médica y humanista por el medio y ambiente social como causa del mal físico y espiritual del hombre es puesta de manifiesto por Pío Baroja en *El árbol de la ciencia*. Tendrá su prolongación en otros autores de la novela popular o también denominada *Promoción de El Cuento Semanal* en las primeras décadas del siglo XX, entre los que destaca la figura y obra del médico y escritor (también como Baroja) Felipe Trigo y la de Benjamín Jarnés. Autores estos que vienen a demostrar la inquietud investigadora de M.<sup>a</sup> V. Utrera al interesarse por la obra de escritores que se suelen calificar de segunda fila en la historia de la literatura española. Una preocupación por la enfermedad como producto de un medio social degradado que se extiende hasta los años de la postguerra civil española, según se constata en la novela *Tiempo de silencio* (1961), del psiquiatra y novelista Luis Martín-Santos. No obstante, más allá de esa conexión entre la enfermedad y el medio social, también surge una nueva estética acorde con las enfermedades del alma que habrá de estimular una nueva concepción de la lengua literaria y de sus estructuras que “como revelación de la personalidad convulsa alcanza incluso a cuestiones rítmicas y métricas” (p. 19). Prevalecerá toda una estética de lo disconforme que afecta a la visión del sujeto y del lenguaje, lo que explica el auge de las denominadas literaturas del yo. Una problemática del sujeto, extensible a su condición narcisista (el yo como otro y frente al otro), según se

aprecia en autores como André Gide o Luis Cernuda, y en buena parte de los poetas occidentales contemporáneos (por ejemplo, W. B. Yeats, E. Pound o T. S. Eliot).

El apartado siguiente II, “Artificio y poética de la enfermedad en el siglo XIX”, constituye un conjunto de reflexiones teórico-críticas respecto a la visión de la enfermedad en el pensamiento y la obra de significativos autores decimonónicos de los que, en ocasiones, M.<sup>a</sup> V. Utrera selecciona textos reveladores. Conviene recordar el auge experimentado, en el romanticismo, del mundo interior del escritor, su enfermiza personalidad y su condición de seres marginados y solitarios. Juicio que es valorado por Utrera Torremocha, tomando como referencia, en primer lugar, el pensamiento literario de William Blake, del que destaca su naturaleza visionaria e imaginación. La tuberculosis es exaltada por los románticos en tanto que se vincula a la personalidad etérea y lúcida; sin embargo, la tuberculosis es mencionada para encubrir la sífilis, enfermedad que, por cierto, afectó a un elevado número de escritores: John Keats, Lord Byron, E. Allan Poe, Guy de Maupassant, Charles Baudelaire, Paul Verlaine, Arthur Rimbaud o Friedrich Nietzsche, entre otros. Un grupo de destacados autores, y otros de años posteriores, en los que se conforma un tipo de estética que fusiona lo bello, el mal y la degeneración enfermiza, como Nerval, Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé.

Los seis apartados siguientes los podríamos calificar a modo de epígono de los dos anteriores pues, con acierto, buscando el equilibrio y contraste, Utrera Torremocha procede al estudio de tres afamados escritores decimonónicos, Hölderlin, Dostoievski y Huysmans, y posteriormente el de otros tantos y no menos reconocidos autores del siglo XX, como son Kafka, Woolf y Cernuda.

Así, en el apartado III, bajo el título “Locura y naturaleza en Friedrich Hölderlin”, se incide en uno de los representantes más emblemáticos del romanticismo alemán y en sus relaciones de estrecha amistad con otros célebres románticos alemanes: Hegel, Schelling y, sobre todo, Schiller, quien habrá de influir más decisivamente en su obra. En sus primeros años de producción destacaba *Hiperión*, marcada por un idealismo helénico y clasicista que se prolonga en su posterior obra poética, donde “el concepto de vida armoniosa del hombre con su entorno y con lo divino es uno de los fundamentos de su poética” (p. 53). A los 33 años de edad es dado por loco y recogido en casa del ebanista Zimmer donde escribe, hasta su muerte, la mayoría de sus poemas.

A continuación, en el apartado IV, “La rebeldía metafísica y el misticismo en Dostoievski”, María Victoria Utrera desarrolla, junto a otras, una de las preocupaciones fundamentales que se percibe en la mayoría de las obras de F. M. Dostoievski, cual es el problema del mal y la ambigüedad del hombre ante el sistema moral y religioso existentes en la época. Los personajes enfermos que encontramos en varias de sus obras se explican por su tendencia hacia el mal o por que el mal social ha causado en ellos un trastorno enfermizo. Un proceder en la creación literaria de sus héroes que se asocia al propio autor, pues conocidos son sus ataques de epilepsia y estados de embriaguez. Por ello, como afirmara André Gide, y según suscribe M. V. Utrera, “la enfermedad juega un papel importante en la formación ética e ideológica de los personajes de sus novelas” (p. 63). Idea a la que se asocian o derivan otras peculiares instancias narrativas que han sido motivo de diferentes estudios teóricos y perspectivas críticas de las que se hace eco M. V. Utrera. Son, entre otras, las referentes al enfrentamiento dialógico propio del drama y el recurso al diálogo, o al muy interesante tema del doble para evidenciar las contradicciones del alma humana, del que encontramos un valioso ejemplo en su novela corta precisamente titulada *El doble*.

El apartado V, “El canon decadentista de *À Rebours*”, es una profunda reflexión sobre lo que supuso la novela de Joris-Karl Huysmans en cuanto a ruptura con el naturalismo y representación de un nuevo modelo o canon estético que auspicia el decadentismo literario. Obra que, por el momento histórico en el que se publicó, 1884, dominado por una profunda crisis, el pesimismo y el escepticismo respecto a la etapa anterior, tuvo un amplio eco entre destacados escritores que en sus obras se preocupan por la *névrose* o enfermedad del siglo, además de los comportamientos raros e inconformistas. Serían los casos de Maurice Rollinant en *Les Névroses* (1883), Jean Richepin en *Les Blasphèmes* (1884) o Paul Bourget en *Théorie de la décadence* (1881), de los cuales se hace eco M.<sup>a</sup> V. Utrera. Es más, tras la publicación de *À Rebours*, el personaje de Des Esseintes se constituye en modelo del decadentismo para toda una generación de autores: Paul Valéry, Rubén Darío, Max Nordeau, Ivan Goncharov u Oscar Wilde, entre otros. Como bien advierte Utrera, la caracterización del personaje Des Esseintes representa “el paradigma del desequilibrio espiritual del hombre moderno, neurótico e insatisfecho ante la insuficiencia de la realidad circundante” (p. 87).

En los tres apartados siguientes, M.<sup>a</sup> Victoria Utrera nos abre al siglo XX y a las enfermedades que predominan en singulares autores y sus obras. El apartado VI lo dedica a “El espacio en la configuración de la crisis personal: la *metamorfosis* de Frank Kafka”. La enfermedad del protagonista, Gregorio Samsa, viene a ser la metáfora de una nueva concepción del sujeto en crisis y de sus relaciones familiares en el orden social existente. El aislamiento del protagonista, en los diferentes episodios que le habrán de conducir a la muerte, es expuesto con un lenguaje en el que el espacio representa un papel esencial. La habitación de G. Samsa no sólo es el marco en el que se sitúa este, “sino que posee, además, una dimensión psicológica y es expresión de la experiencia vital del protagonista” (p. 99).

En el apartado VII, bajo el título “Evocación, plenitud y muerte en *Mrs. Dalloway*, de Virginia Woolf”, Utrera Torremocha nos ofrece un completo y pormenorizado análisis del contraste entre la vida y la muerte simbolizado por los personajes Clarissa y Septimus respectivamente. De tal modo, el proceso y desarrollo narrativo de *Mrs. Dalloway* (1925) le permite a Woolf profundizar en la complejidad del sentimiento humano ante la vida según la visión contrapuesta de los dos personajes. Una formulación que es expuesta por medio de un discurso y técnica narrativas en las que predominan las alternancias: estilo indirecto, estilo indirecto libre y estilo directo, yuxtaposición de tiempos, pasado y presente, y una sintaxis tendente a una comunicación directa e íntima con frecuentes oraciones yuxtapuestas, paralelismos sintácticos, etc. Un conjunto de repertorios narrativos y estilísticos que revelan y enfatizan la conciencia vitalista del personaje de Clarissa. Frente a la vivacidad de Clarissa se nos presenta la de Septimus. Sus vivencias y recuerdos de la guerra le llevan a un desequilibrio emocional, a un desequilibrio mental el de Septimus que no pasa desapercibido a los transeúntes y personas de su entorno. La muerte de Septimus, en cierto modo, supone una liberación para Clarissa: “alguien tiene que morir para que los demás vivan y sean conscientes de que su vida se opone a esa muerte” (p. 116).

El apartado VIII, y último del libro, “El narcisismo en la poética del desdoblamiento de Luis Cernuda”, tiene como base reflexión para M. V. Utrera la exploración de la dualidad cernudiana frente a la realidad y desde la realidad como construcción de una imagen del deseo del poeta (*La realidad y el deseo*, 1936). En ella el mito de Narciso juega un papel clave tanto en la construcción de una propia

como nueva identidad deseada, surgida de la contemplación de las aguas y del simbolismo que estas encierran en su doble sentido de muerte y renacer. Sin embargo, el mito de Narciso connota otras significaciones que se intercalan en la producción poética de Cernuda. En *Primeras poesías* (1934), una visión narcisista, fruto de la soledad y de su inhibición respecto al amor, está presente en alguno de sus poemas, a veces en correspondencia con la escritura y la poesía. También en poemas de *Un río, un amor* y *Los placeres prohibidos* se advierten rasgos narcisistas que, en determinados poemas, han sido interpretados en relación con el autoerotismo. Una amplia trayectoria poética cernudiana que es meticulosamente analizada por M. V. Utrera, lo que la lleva a estipular que: “La contemplación narcisista y el juego de los espejos cumplen en la técnica del desdoblamiento un papel fundamental [...] que permite la meditación sobre el ser que se contempla, el encuentro del hombre con su imagen y el origen del sentimiento de *otredad*” (p. 135).

Un libro, en definitiva, el de María Victoria Utrera Torremocha, imprescindible por su rigor científico, no exento de amenidad y sugestiva lectura, que complementa los estudios hasta ahora existentes respecto a la relación de medicina y literatura. Con una precisa metodología aborda, en la primera parte, la enfermedad y la poética literaria moderna en los siglos XIX y XX desde unos principios generales, para posteriormente centrarse en la inestabilidad del yo y sus cauces expresivos a través de autores como Hölderlin, Baudelaire, Dostoievsky, Woolf o Cernuda, entre otros. Una interesante y fructífera investigación desde la que indaga, y en gran medida pone al descubierto, las posibilidades que resultan de una nueva estética acorde con las enfermedades del alma y las literaturas del yo. Un problema de la identidad personal vinculado con la crisis y la revolución del lenguaje literario.

CARMEN M. PUJANTE SEGURA  
*Universidad de Murcia*